

HOMILIA EN EL TE DEUM DE ACCION DE GRACIAS POR LA INDEPENDENCIA NACIONAL.

CATEDRAL DE SAN BERNARDO

Monseñor Juan Ignacio González Errázuriz.

Obispo de San Bernardo

13 DE SEPTIEMBRE 2019

Sumario

- 1. Un recuerdo de Dios y de la Patria.**
- 2. Un peligro en nuestro caminar.**
- 3. Las causas del mal que nos aqueja.**
- 4. Una sociedad crispada y violenta.**
- 5. La verdadera solución, volver a las raíces cristianas.**
- 6. ¿Chile una nación de rencores? La vía del perdón.**
- 7. El triste espectáculo de las disputas y rencillas.**
- 8. Algunas manifestaciones de la ausencia de Dios.**

1. Un recuerdo de Dios y de la Patria

Hace nueve años, al celebrar las fiestas del bicentenario en nuestra comuna y diócesis, durante los cuales tuvimos aquella memorable jornada del traslado a la cripta de esta Iglesia Catedral del Fundador de nuestra ciudad Don Domingo Eyzaguirre y de los veteranos de la Guerra del Pacífico, recuerdo con emoción un acontecimiento particular. Estando en el cementerio parroquial de nuestra ciudad trasladando los restos gloriosos de uno de aquellos compatriotas que habían combatido en la guerra, al descubrir la tapa de la urna en que permanecía por casi 70 años, en la parte interior, frente a la carta del difunto, había una placa que simplemente decía **“Dios y Patria”**. Permanecí un momento pensativo intentado recrear la vida de ese hombre. Un chileno, soldado, que había gastado parte de su vida en la defensa de Chile y que al morir, pidió que aquellas breves palabras, tan significativas, lo acompañaran a su última morada, a la espera de la resurrección.

Hermanos y hermanas, autoridades de las diversas instituciones que hoy nos reunimos en este lugar santo para elevar agradecidos el corazón a Dios por la Patria y la nación que nos ha concedido; aquel hombre sencillo expresaba en ese último deseo, los dos grandes amores que un persona siempre tiene en la vida. La fe en Dios, cuyas manos de Padre conducen nuestra historia personal e institucional y son la luz de nuestro camino y nos ayuda a rectificar las rutas extraviadas. “Nos hiciste Señor para ti y nuestra vida no esta tranquila mientras no descansemos en ti”¹ escribió San Agustín. Y el amor a la Patria, la casa común que se nos ha concedido, en donde se desarrollar nuestra andadura terrena, en la cual vamos hermanados con nuestros compatriotas y juntos intentamos que sea un lugar de progreso, alegría, desarrollo y bienestar para todos.

Quizá al rememorar este breve acontecimiento, deba surgir en nosotros una pregunta interior y profunda. ¿Amo yo a Dios sobre todas las cosas? ¿Me dejó interpelar por su suave dominio y por los mandamientos que Él nos dejó? ¿Es la patria -Chile, Fértil provincia, y señalada en la región antártica famosa, el objeto esencial de mis desvelos y sacrificios? ¿Es el bienestar de mis hermanos y hermanas, compatriotas y extranjeros, el motivos de mis afanes y sacrificios? ¿Amo verdaderamente a todos, sin exclusiones ni falsas discriminaciones?

2. Un peligro en nuestro caminar.

Siempre el peligro acecha nuestras vidas y saber enfrentarlo y conducirnos sabiamente es la expresión de la sabiduría de una persona y de una nación. Son tantas las cosas positivas y alentadoras que descubrimos en nuestra caminar personal, institucional y nacional. Pero debemos tener también un juicio crítico, severo, para mirar con honestidad aquello que no camina conforme a las normas de nuestro viejo soldado: el amor a Dios y a la Patria.

Y entre los peligros más extendidos y dañinos que hoy se exparse por los derroteros de la nación hay uno, singular y peligroso, que afecta a jóvenes y mayores, hombres y mujeres, ricos o pobres, contra el cual debemos luchar, como en su tiempo lo hicieran los veteranos a los cuales rendiremos homenaje en unos momentos más en la cripta de la Catedral: **el vivir para uno mismo, el olvido del otro, el individualismo que corta las alas para servir y sufrir por los demás, especialmente los más desposeídos**, aquellos que han quedado tirados – por diversas circunstancias – a la vera de camino por donde pasamos, sin que nuestra mente y mirada se vuelvan hacia ellos, sin que su presencia dolorosa nos interpele personalmente, como la defensa de Chile, otrora, interpeló a

¹ San Agustín, Confesiones, 1

miles de ciudadanos honestos y sencillos a la defensa de la nación, exponiendo su vida en la empresa acometida.

3. Las causas del mal que nos aqueja

¿Cuál es el origen de este mal, que todos vemos y a todos nos afecta y es causa y origen de muchos otros? Los clásicos los describieron con frase certera: está muerto a sí mismo el que vive para sí mismo². Vivir para sí mismos es la gran tentación del ser humano y si no se lucha contra ella, el egoísmo, la vanagloria y la soberbia, terminan anulando nuestras vidas, haciéndonos personas extrañas y aislándonos a uno de otros. Divididos por clases social, por apellidos, por dineros, por política por ideología, la Patria misma pierde su sentido y las grandes tareas a las que somos llamados y convocados, -hacer de esta casa común un lugar de paz, progreso y armonía – se pierde en la lontananza. y cada uno comienza a tirar para su lado, buscando sus intereses, sus pasatiempos, sus riquezas, su futuro. Nos vamos haciendo incapaces de de conjugar el nosotros para solo entonar el yo.

¿Pero cómo puede una persona llegar a vivir así? En el origen de este desintegrador proceso siempre está presente el olvido de Dios. El profeta Isaías nos dejó una frase que el Señor puso en sus labios: “*Yo soy el Señor, ese es mi nombre, mi gloria no se la cedo a nadie*”(42,8). Cuando Dios es relegado y su señorío desconocido, cuando las leyes de los hombres contradicen sus enseñanzas, entonces comienzan las desventuras, los odios y violencias y se oscurecen los caminos, se hacen tortuosas y difíciles las relaciones entre los hermanos y se enturbia el ambiente social, político y familiar.

Porque quien no reconoce a Dios, no es capaz de reconocer a su prójimo, amarlo y servirlo y el mismo concepto de Patria, por la cual lucharon los Fundadores, se pierde y esfuma, como una quimera inalcanzable. Y cuando esto ocurre entre lo que deben darnos las leyes y normas por las cuales nos regimos, los que deben alumbrar la cultura y las ciencias, entonces es casi seguro que vendrán tiempo de lágrimas y lloros, de perturbación y violencia.

4. Una sociedad crispada y violenta

De una u otra manera se ha dicho que estamos en una sociedad movida por la crispación, el enojo, el choque y la violencia. Es verdad, todos lo notamos y a todos nos afecta.

² San Agustín, In Ionnnes,m 75,3

Pero al mismo tiempo que hemos de ser capaces de descubrir las causas de los males que afecta la convivencia, hemos de poner los medios para encontrar los adecuados remedios que nos hagan superar las dificultades.

La queja, el enojo, la rabia sin sentido, la mala crítica, sólo conducen a **la desolación**. El conocimiento de uno mismo, el amor al prójimo, el respeto a la dignidad de todos y a sus opiniones, conducen a **la superación**.

5. La verdadera solución, volver a las raíces cristianas

Por medio de su hijo Jesucristo, que encarnó a la perfección el amor al prójimo dando su vida por todos, - también por los que lo ignoran o los que no lo conocen - hemos vencido la ley *antigua del talion*, ojo por ojo diente por diente y nos ha sido dada **la ley del amor y del perdón**, no sólo como norma personal de vida, sino como camino de toda la sociedad. La Iglesia no dejará nunca de anunciar a todos, sin excepción, que es posible construir una civilización donde la ley fundamental sea la de amor, como enseña el profeta “Pondré mi ley dentro de ellos, y en su corazón la escribiré”³.

El rápido desarrollo que ha experimentado la nación en las últimas décadas, la abundancia de bienes, el acceso a la educación y la cultura, y tantos otros signos de un bienestar cada más generalizado, no pueden ser causa para que una sociedad se aparte de Dios, e incluso se vuelva contra El, estableciendo formas de vida, que contradicen sus enseñanzas y que repugnarían a nuestros antepasados que dejaron su hacienda, su vida y sus aspiraciones para hacer surgir nuestra Patria. Muchos podemos recordar las advertencias que hace casi cuarenta años hacía el Santo Papa Juan Pablo II a la vieja Europa, empeñada en alejarse de Dios. **“Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes”**⁴. Ese llamado es hoy dirigidos a

³ Jeremías 31:33.

⁴ San Juan Pablo II, Discurso en Santiago de Compostela, 9 de noviembre de 1982. “Yo, Sucesor de Pedro en la Sede de Roma, una Sede que Cristo quiso colocar en Europa y que ama por su esfuerzo en la difusión del cristianismo en todo el mundo. Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual, en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades. Da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. No te enorgullezcas por tus conquistas hasta olvidar sus posibles consecuencias negativas. No te deprimas por la pérdida cuantitativa de tu

nosotros, a la nación chilena, a sus dirigentes, a sus hombre públicos, a sus ciudadanos, a la Iglesia y a las confesiones religiosas.

Ser nosotros mismos, volver a los orígenes, avivar las raíces, no es otra cosa que reconocer que somos criaturas de Dios, que hemos sido salvados por la pasión y muerte del Señor Jesús. Ser nosotros mismos, implica un profundo **acto de humildad colectiva**, que nos haga abandonar el intento de manejar todos los hilos de la historia, de la ciencia, de la vida, para reconocer que somos servidores de Dios y de los demás. Y, queridos hermanos y hermanas, no son esos los caminos que vamos siguiendo o hacia el cual se nos quiere conducir. Por el contrario, la ruta que llevamos es de soberbia, altivez y ensimismamiento.

Siguiendo el pensamiento del papa Juan Pablo podemos decir que **“La vida civil se encuentra marcada por las consecuencias de ideologías secularizadas, que van desde la negación de Dios o la limitación de la libertad religiosa, a la preponderante importancia atribuida al éxito económico respecto a los valores humanos del trabajo y de la producción; desde el materialismo y el hedonismo, que atacan los valores de la familia prolixa y unida, los de la vida recién concebida y la tutela moral de la juventud, a un «nihilismo» que desarma la voluntad de afrontar problemas cruciales como los de los nuevos pobres, emigrantes, minorías étnicas y religiosas, recto uso de los medios de información, mientras arma las manos del terrorismo”**⁵.

Aquel proceso de alejamiento de Dios que la vieja Europa recorrió en 50 años, entre guerras, ideologías y enfrentamientos, es el mismo proceso que hoy en pocos años hemos surcado nosotros y los frutos amargos, allá y entre nosotros, son visibles. Aprendamos de la historia, de nuestro pasado reciente y busquemos rectificar los rumbos, primero en nuestra vida personal y luego en la vida social y política de nuestra nación.

6. ¿Chile una nación de rencores? La vía del perdón

En esta fecha tan memorable y que toca el corazón de cada uno de nosotros, me atrevo a proponer un camino largo pero seguro. El camino del perdón, hasta ahora no intentado. Perdonar es la manifestación más elevada del amor y, en consecuencia es lo que más transforma el corazón humano. Por eso, cada vez que perdonamos se opera en nosotros una conversión interior, un verdadero cambio interior que San Juan

grandeza en el mundo o por las crisis sociales y culturales que te afectan ahora. Tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo.

⁵ Ibidem.

Crisóstomo llega a decir que **“nada nos asemeja tanto a Dios como estar dispuestos al perdón”**.

Mientras una persona está dominada por el resentimiento, mira al otro con malos ojos por los prejuicios que el odio y el rencor le dictan. Al perdonar, nace un sentimiento nuevo y la mirada se clarifica, desaparecen los prejuicios, y se puede ver a los demás como realmente son, hermanos en la patria común, y descubrimos y valoramos sus cualidades, que hasta entonces estaban como ocultas.

Si los resentimientos son los principales enemigos para las relaciones con los demás en el orden familiar, social, político y de todo tipo de relaciones humanas, el perdón **permite recobrar el tesoro de la amistad cívica** o recuperar el amor que parecía perdido. Que frecuente es que el amor entre dos personas decaiga porque cada uno va acumulando las ofensas, llevando cuentas de las agravios, reales o inventados, que recibimos, en lugar de pasarlas por alto y perdonarlas. El perdón mantiene vivo el amor, lo renueva, y evita la pérdida de la amistad que es uno de los dones más valiosos en esta vida.

Dice el libro de los Proverbios que *“la sabiduría del hombre lo hace lento para la ira, y su gloria es pasar por alto una ofensa”*⁶. Cuando cada uno de nosotros experimenta el amor misericordioso de Dios y su perdón – lo que implica reconocer nuestro propio pecado- entonces el corazón humano es capaz de comprender el perdón, incluso al que podríamos llamar enemigo. Esta es la verdadera lógica de una convivencia social honesta y fructífera, a la que todos debemos aspirar. Pero es una lógica que requiere poner a Dios al centro, como aquel veterano de la guerra nos lo recordaba en su última morada.

7. El triste espectáculo de las disputas y rencillas

Triste espectáculo dan al pueblo sencillo y trabajador quienes desde puestos elevados, muchas veces a los que han sido llamados por la voluntad popular, no muestran sino discordia, disenso, ataques y ofensas, que hacen ingobernables los procesos sociales y políticos y terminan creando un clima de odiosidad y violencia

También allí falta el amor a Dios y al prójimo. Y ese ambiente, vivido en los ámbitos más elevados de la cultura y la política, se trasmite al resto de la población y va creando esa sensación de inestabilidad que daña las relaciones humanas, la familia, el amoroso vínculo entre padres e hijos y

⁶ Proverbios, (19,11).

en fin afecta todas las capacidades de las personas para entregarse a los demás.

Cuantas veces en nuestro interior queremos tener paz, cuanto oramos para que se detengan las guerras y la violencia, pero ya un autor de hace muchos siglos escribió sabiamente: *“El que está en paz no piensa mal de nadie. En cambio, el descontento o inquieto es atormentado por muchas sospechas; ni descansa él ni deja descansar a los demás”*⁷. La paz es uno de los mayores dones deseados en el Antiguo Testamento. Pero Dios la promete al pueblo de Israel como recompensa a su fidelidad⁸, y es siempre una obra de Dios⁹. Por eso las Escrituras alaban a los pacíficos y a ellos se les promete prosperidad y gozo¹⁰.

Hermanos y hermanas

Pero el verdadero don de la paz vendrá a la tierra con la llegada del Mesías, como anunció Isaias¹¹. No será solo una paz externa, tal como la da el mundo, sino la paz mesiánica que trae la redención llevada a cabo por Jesucristo¹². El Evangelio que la Iglesia anuncia incesantemente, contra vientos y mareas, es por esto la **buena nueva de la paz**¹³, y quienes llevan la paz a los demás -los pacíficos- son llamados hijos de Dios¹⁴.

¿No tenemos paz en nuestra sociedad? La respuesta es evidente. Porque cada vez tenemos menos a Dios en nuestras vidas, en nuestras instituciones y en nuestras leyes. Queremos alejarlo de la educación de los hijos, de las instituciones, de la vida cultural. No queremos ni permitimos que Jesucristo, el Príncipe de la Paz, como lo llaman las Escrituras, asiente su reinado en nuestra vida personal, comunitaria, familiar y política.

Una nación y sus jefes debe ser capaz de hacer su propio examen de conciencia. Y desde ese análisis, volver atrás en los caminos errados que se han recorrido. Porque no aceptamos, hidalgamente, que todos, también la Iglesia y otras confesiones religiosas, nos hemos alejado de Dios y las consecuencias son los males que sufrimos, en especial la violencia, el odio, la crispación, el quiebre en la institución familiar.

⁷ Tomas de Kempis, *Imitación de Cristo*, 2, 2, 3

⁸ Lv 26, 6

⁹ Is 26, 12

¹⁰ Sal 37, 37; Pr 12, 20

¹¹ Is 11, 6-9

¹² Col 1, 20; Ef 2, 14

¹³ Hch 10, 36

¹⁴ Mt 5, 9

En su viaje a Cuba, el Papa Francisco ha enseñado que **“la enemistad social destruye una familia, un país y el mundo, cuando son incapaces de sentarse, escucharse, negociar y buscar el bien común. Porque si hay división, hay muerte en el alma porque estamos matando la capacidad de construir unidad”**¹⁵.

8. Algunas manifestaciones de la ausencia de Dios.

Brevemente, expreso algunas realidades que requieren ser motivo de nuestra atención y de preocupación para todos.

No es para nadie un secreto que **la familia pasa por una crisis**, que puede sintetizarse en las palabras desintegración y quiebre interior. Estimo que estamos solo administrando dicho fenómeno, pero no buscando sus raíces, con honestidad y verdad, de manera que vuelva a ser la célula fundamental de la sociedad. En ella es donde se produce la trasmisión de los valores esenciales de una convivencia republicana y también de las virtudes esenciales y de la fe religiosa. Desde hace década estamos promoviendo leyes y normas que no favorecen su integración y los perjuicios son ya visibles en la vida del país y de las nuevas generaciones y son muchos los sufrimientos personales – especialmente en los niños y jóvenes –que hemos provocado.

Ante la evidencia de la **migración masiva**, desconocida en nuestra patria, consecuencias de las crisis de naciones hermanas, se comienza a levantar la idea de que su presencia puede ser una potencial amenaza, por tener otras costumbres, por su color de piel, idioma, condición social, por pensar diferente, por tener otra fe, etc. Y si no reaccionamos a tiempo esta lógica se instala en nuestra forma de vivir, de actuar y proceder. Poco a poco las diferencias se transforman en sinónimos de hostilidad, amenaza y violencia. En este nuevo escenario, todos debemos estar disponibles para sostener un diálogo permanente, valiente, sin exclusiones, y sin más condición que el bien común, los más pobres y la inviolable dignidad de la persona.

El Papa Francisco, en su encíclica sobre la “casa común”, invita a «escuchar con el corazón» los gritos cada vez más angustiosos de la tierra y de sus pobres en busca de ayuda y responsabilidad, para atestiguar la gran urgencia de un cambio en nuestra forma de usar y tratar los bienes de la tierra, de manera que sirvan a todos y por todo el tiempo, estableciendo las base de la **verdadera ecología integral**, respetuosa de la naturaleza, lejana a toda ideología.

¹⁵ Francisco. Viaje Apostólico a Cuba, Saludos a los jóvenes en el Centro Cultural Padre Felix Varela, 20 septiembre de 2015

Lo anterior debería cuestionar fuertemente el tipo de desarrollo que hemos venido impulsando, y nos exige preguntarnos por la calidad humana y ambiental de nuestro progreso científico, económico y tecnológico. “Porque no es la ciencia la que redimirá a la persona, solo el amor”, como afirmó el Papa Benedicto.

La violencia a adquiridos ribetes cada vez más preocupantes entre nosotros y en especial en nuestras comunas. A diario, mediante acciones criminales se dispone arbitrariamente de la vida de personas, se atropellan los derechos de los ciudadanos pacíficos y se coarta su libertad, amenazada por el temor. Cuando esa violencia es organizada, por la razón que sea, da lugar a una estructura de violencia éticamente inaceptable. Como afirmó el Papa Francisco en Temuco: **“la violencia, hasta la causa más justa, la transforma en una mentira”**. Por ello, debemos recordar que la autoridad legítima debe contar y emplear todos los medios democráticos, justos y adecuados para la defensa de la convivencia pacífica de la ciudadanía, y en el estricto respeto a los derechos fundamentales de todos, camino necesario para la paz. Son nuestros dirigentes políticos los que deben promover dichos medios, el país y la ciudadanía se los demandan.

Los obispos latinoamericanos afirmaban, ya en el año 2007, que vivimos una **emergencia educativa**. Nuestro sistema educativo tiene dificultades para dar respuestas adecuadas a las grandes ansias del corazón de nuestros jóvenes, a sus necesidades de desarrollo afectivo, intelectual, ético, social y espiritual. Dios va desapareciendo de la educación de nuestros jóvenes y se corre el peligro de concebir la educación preponderantemente en función de la producción, la competitividad y el mercado¹⁶. Para salir de estos peligros se debe poner de relieve la dimensión ética y religiosa de la cultura y la educación y emprender reformar verdaderas, no solo en aspectos técnicos y curriculares, sino de fondo y esenciales.

Hermanos y hermanas, en el común amor a Dios y a la Patria que aquel soldado de Chile quiso que le acompañaran hasta su última morada, demos gracias a Dios por la amada Nación chilena, donde cada uno tiene un lugar y hay un lugar para cada uno. Alegremos con sus logros y lloremos juntos nuestras penas, como buenos hermanos, bajo el mismo sol y sobre la tierra que pisaron los fundadores de nuestra nacionalidad.

A Jesucristo, Señor de la historia, por intercesión de la Virgen del Carmen, Reina y Madre de Chile, le confiamos los destinos de esta Patria amada, por los siglos de los siglos. Amén.

¹⁶ Documento de Aparecida 328